

Análisis

# Montelimar, nueva fase en plan de paz

LN-5-4-90

CARLOS CORTES

Enviado de La Nación

Managua. El fin de una era del plan de paz centroamericano, junto con la del sandinismo, o por lo menos su total reorientación hacia un nuevo tratado económico, fue la sensación que dejó trasuntar la Declaración de Montelimar.

Una negociación prevista originalmente para ocho horas y que ocupó casi el doble de tiempo, no se dejó ver demasiado en el documento.

Si cuando se inició el diálogo todos los gobiernos involucrados hablaban de un consenso preliminar y de un clima de plena confianza y distensión, nadie llegó a explicarse —ni los propios delegados y asistentes— por qué se atrasó tanto el programa.

El texto final, que, según se supo, fue el resultado de un arduo trabajo de síntesis de los asesores de las cancillerías respectivas, no ofrece ninguna sorpresa. Su tono, dentro de la retórica típica de Contadora y de Esquipulas, está lleno de verbos como instar, ratificar, respaldar y agradecer, con la única excepción de un "condenar".

Se trata del punto 8: "Condenar las acciones de terrorismo en la región y reiterar su llamado al cese de todo tipo de acción violenta que lesione directa o indirectamente a la población civil, a la infraestructura productiva y demandar la inmediata liberación de todas las personas que se encuentren secuestradas en poder de fuerzas irregulares o grupos terroristas".

El tan cacareado tema de la contra estaba ya resuelto, al menos técnicamente —la fórmula de desarme— cuando los presidentes comenzaron a almorzar el pasado lunes.

## Otro énfasis

Pero la realidad es que nadie buscaba nada más. Tras la lectura de la declaración, un embajador comentó que "no habría más Esquipulas en muchos años".

Quizá a lo que se refirió es a que el éxito total del plan de paz en lo concerniente a Nicaragua —país que, como vociferan los sandinistas, era el más interesado en Esquipulas— lo hace poco viable en el futuro.

En una de las reuniones de Montelimar, varios presidentes confesaron en secreto su temor de que los relevos políticos que están por operarse en Nicaragua y Costa Rica, y que también se dará en Guatemala, en nueve meses, vuelvan cada vez más retórica la verdadera negociación.

En el encuentro de Montelimar resultó muy



Los mandatarios del istmo en plena sesión de trabajo. En el orden usual: Oscar Arias, Daniel Ortega, Vinicio Cerezo, Alfredo Cristiani y Rafael Leonardo Callejas.

claro el cambio operado en el gobierno saliente de Nicaragua. La delegación sandinista no quiso presionar a El Salvador ni meter las manos en el fuego por el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), con tal de que no peligraran sus negocios internos: la solución definitiva al asunto de la contra y una transición democrática que les permita compartir el poder con la nueva administración.

La presencia de Nicaragua en esta cumbre fue claramente moderada. Esto resultó evidente en todos los aspectos, empezando por el lenguaje empleado por los funcionarios del régimen. Un irreconocible Miguel D'Escoto, convertido en "pastor" amigable y paternal, se paseaba por los pasillos de Montelimar al alcance de la prensa, a la que explicaba didácticamente los alcances de la resolución.

El frenesí revolucionario de otras ocasiones había pasado. Pero no sólo D'Escoto estuvo abierto, sino que también los más altos militares del Ejército Popular Sandinista (EPS), como Humberto Ortega y Joaquín Cuadra Lacayo, hablaron del nuevo espíritu de convivencia y reconciliación.

La intención fue clara: el sandinismo está reagrupando sus fuerzas y el único interés actual es sobrevivir políticamente a la transición, como también quedó de manifiesto en el largo discurso

de despedida de Daniel Ortega. "Zona de paz para Centroamérica, zona de seguridad" fue el estribillo de su perorata.

Los sandinistas se contentaron con una vaga mención, en la declaración final, a dos de los puntos que más les interesaban y que ahora quedarán como dos manchas de tinta en un borrador de trabajo: asegurar la democratización no sólo de Nicaragua, sino también del resto de Centroamérica; hacer del istmo una "zona de paz" regulada por las Naciones Unidas y aceptar la reducción del EPS a cambio de un balance militar en el área.

Todo esto se quedó en el tintero. Pero, qué importa si la contra deja de existir. Algunos en Managua más bien llegaron a pensar que los grupos antisandinistas fueron una amenaza moral al régimen y no un peligro real.

En este sentido, la Declaración de Montelimar, con la salida de Arias y de Ortega, cierra claramente un episodio de lo que fue y ya no será el plan de paz.

En el futuro, Esquipulas II tendrá que ser otra cosa o no será, sobre todo tomando en cuenta el limitado interés de El Salvador por hacer concesiones por la vía del plan de paz y el deseo guatemalteco de querer separar lo político de lo económico e inclinar la balanza hacia esto último.